

LUIS MERINO REYES

*RECUERDOS NECESARIOS*

JUAN GODOY

---

EL NOVELISTA y cuentista chileno Juan Godoy nació en Chillán en 1911; pasó su niñez en su pueblo, en Chiloé y en Antofagasta, terminando sus humanidades en los liceos Valentín Letelier y José Victorino Lastarria. En 1931 se recibe de bachiller en humanidades e ingresa al Instituto Pedagógico, donde se gradúa de profesor de castellano y filosofía, en 1938. No se trata pues de un autodidacto, como la mayoría de los escritores chilenos.

Su memoria de prueba se tituló "Las categorías gramaticales en relación con las categorías lógicas y psicológicas". Ya recibido, hizo clases en el Liceo Nocturno "Federico Hansen" y en el Instituto Pedagógico. En la actualidad ejerce sus funciones en el Instituto Nacional y en la Escuela Nacional de Artes Gráficas. El poeta Gilberto Llanos nos refería que fue alumno de Juan Godoy en el Instituto y que todavía recuerda el encanto de sus clases, en especial cuando el maestro abandonaba su pupitre y se sentaba en un banco escolar, en medio de sus alumnos. Es posible que en la vocación literaria del poeta Gilberto Llanos haya influido el ejemplo vivo de Juan Godoy. Además, Godoy ha colaborado con ensayos, crítica y cuentos en revistas como "Atenea", "Multitud", "Revista de Educación", "Aurora de Chile", etc. Gracias a su actividad, formó un grupo de prosistas y poetas, en 1938, con la intención de renovar ciertas tendencias literarias. Esta corriente tuvo el nombre "angurrientismo", vocablo que viene de "angurria", ansiedad, y se conceptuaba como un retorno a la intuición, a la esencia chileno cultural. Pertenecieron a este grupo, el actor y autor dramático Pedro de la Barra, quien fundara el Teatro Experimental de la Universidad de Chile, y los escritores Fernando Alegría, Jorge Jobet, Leoncio Guerrero, Edmundo de la Parra, Abelardo Barahona —autor de un solo cuento bastante hermoso—, Víctor Franzani, etc. Godoy tiene inéditos algunos ensayos sobre lin-

güística y en estos días han aparecido dos obras suyas, calificadas como novelas: "Sangre de murciélago" y "Angurrientos", reeditada, después de casi veinte años de su precaria primera impresión, por Nascimento.

Y ahora, sin creernos críticos ni jueces, sino, como lo hemos dicho muchas veces, amantes de la literatura, especialmente si escribimos de la obra de un escritor de nuestra propia generación, la de 1938 —una promoción chilena bastante austera y poco inclinada al mutuo elogio, eclipsada en el plano de la poesía por nuestros grandes líricos más renombrados— vamos a intentar una estimativa de Juan Godoy, a propósito de la actual publicación de "Angurrientos".

A nuestro juicio, la emoción que en otros escritores medulares de Chile, no alcanza a transparentarse por la dificultad y hasta turbiedad de la forma, encauza en Juan Godoy en un depurado estilista. Ya no se trata, como hemos señalado, de un autodidacto que ha obtenido sus instrumentos expresivos con el titubeo y el desgaste que tienen los fenómenos de la naturaleza. Juan Godoy es un pedagogo, un hombre de sólida formación humanística y, al mismo tiempo, un artista no malogrado ni inhibido por la sistemática pedagógica. Su estilización de las cosas y de los hombres, llevada hasta el virtuosismo, en ciertos casos, no ha deformado la impetuosidad emocional, la raíz sentimental de queja reivindicadora, como en tantos otros, que bulle bajo el burilado de la superficie. Podemos aclarar este concepto agregando que Godoy es un escritor del pueblo, que está con el pueblo, pero que se suma a él estilizando, hasta el virtuosismo, su desamparo, su horror, hasta los ángulos de su suciedad maloliente, de su fealdad. Nos hemos acordado un poco de él recorriendo en las Fiestas Patrias las fondas del Parque Cousiño, en medio del humo de las fritadas, de los colorines de papel picado, de los turbios amasijos, de algunos rostros deformados por el alcohol. ¿Cómo habría estilizado Juan Godoy todo este espectáculo que causó espanto a ese gigante burgués que se llamó el Conde de Keysserling, admirador de la fecunda barbarie de un Atila o de un Hitler asfixiando judíos en cámaras de gases? En ocasiones, por cierto, la reminiscencia puramente libresca malogra el vitalismo, el estro poético y sentimental de Juan Godoy, pariente inconfundible de Rosamel del Valle, cuando escribe en prosa o convierte sus cuentos en capítulos de novela, pero no pocas veces continente y contenido se ajustan en la fluidez emocional y expresiva de una obra bien lograda.

En 1946, cuando publicó Juan Godoy su novela "La cifra solitaria", nosotros escribimos: "Quien avance en la lectura de Juan Godoy descubrirá de inmediato a un poeta que escribe en prosa, más cerca del filósofo intuitivo

que del novelista normal, que esboza sus personajes, su ambiente, su acción. La sensibilidad de Juan Godoy capta sólo aquello que su emoción estética percibe en planos contrastados y profundos y esas imágenes las echa a vivir, sublimadas y magníficas, con arranques de vital inspiración. Acaso no sea otro el fenómeno lírico. De ahí que si alguien indaga aciertos de forma en la línea transparente de la metáfora, se deslumbrará con el lirismo de Juan Godoy. Sin embargo, como el poeta actúa de ordinario con imágenes limpias que lo hacen ser lírico de alcurnia, o con raíces ético-filosóficas que lo transforman en luchador civil, de emocionado tono, Godoy pasa de su cuerda lírica a una argumentación empapada de abstracto que debe suprimir de golpe en bien de su gran futuro literario, ya que si la viciosa modalidad penetra en los diálogos, el caso es peor, porque todos los personajes de Godoy resultan hablando en filosofía y en forma muy semejante”.

Después de 1946, la fecha de esa glosa, Godoy publicó “Un inspector de Sanidad”, gracioso y breve relato de clave política; “El gato de la Maestranza”, tomo de cuentos y “Sangre de murciélago”, novela recién editada, de la cual se publicó un sugestivo capítulo, muy decidor para encontrar las características de Juan Godoy, en un suplemento dominical santiaguino de hace algunas semanas. Pero ahora preferimos referirnos a su novela “Anhurrientos”.

No se trata en puridad de una novela; sería difícil narrar qué sucede en este libro, pero no podría negarse también que sucede todo. Seres miserables para quienes la vida parece no haber obtenido otro eco que dejar huella en la prosa de un estilista; descripciones morosas —algunas hermanas del barroquismo formal de Mariano Latorre—, otras repletas de sentimentalidad social y, por encima de todo, de poesía. Porque, ya lo hemos afirmado, Godoy es un poeta, un lírico que escribe en prosa, oscilando siempre entre la crónica emocionante y el relato, buscando la dramaticidad como sello irrenunciable del más legítimo amor. Entre este ánimo y la euforia de vivir expresada con goce sensual, casi con los mismos acentos de Pablo de Rokha en su “Escritura de Raimundo Contreras”, oscila el armónico mensaje de Juan Godoy, cuya elaboración no está huérfana de sutileza. He aquí un trozo: “—¡Verde... Cogollito de cepa! —rezongan los borrachos, soltando la carcajada. Lucho le pellizca los carrillos a su hembra, le palmorea las nalgas. Y las mujeres ríen, con sus risas descocadas, degradantes, haciendo chistes, como les está permitido a las mujeres que tienen sus esposos...”

Pero todo este virtuosismo afronta un límite, un torrente que no puede encauzarse en diminutas y refinadas canaletas, una zona de base dura muy

difícil de penetrar sin un acero bien repujado. Es el lenguaje, el diálogo de los hombres, el eterno misterio de la relación viva que puede ser diversa en su idioma, pero que siempre corresponde a una clave humana más o menos idéntica, desde los lejanos días en que el hombre se puso vertical y sintió agigantarse su inteligencia, su anhelo de domeñar el terror que le producía la inescrutable naturaleza. No puede ocultarse que el diálogo de Juan Godoy se retoriza y exhibe al autor como un contemplativo, más preocupado del goce estético, de la eufonía de las palabras que de una rigurosa exactitud psicológica, aquella que parece ser la virtud principal de algunas obras clásicas.

Habla Augusto, un rústico vendedor de esas golosinas de manjar blanco que los niños y quienes están en el secreto llaman "guatones"; se dirige a Wanda, una muchacha y dice así: "—Lo he pensado tanto antes de decírselo. Vea estoy tan solo... y ni siquiera soy lo que he sido antes. Mi paciencia está roída por el musgo de todas mis costumbres y estoy cansado de esto... ¡Es tan difícil mantener pura la llama de nuestra propia consistencia! No es que esté pobre, que ande con los pies helados, sino que me cansan los gallos de don Amaranto y me cansa su vino y me cansa esta mujer, mi sirvienta —hizo un ademán hasta la mediagua, y agregó —¡Es el mar! ¡Para uno que tiene el corazón regordito como una ola!".

Por fortuna, las apreciaciones estéticas carecen de valor absoluto y este lenguaje escrito más para ser leído en voz alta, llega a más de un corazón ávido como flecha certera. Quienes han ensayado el teatro popular saben que los ámbitos y los parlamentos muy realistas no agradan al pueblo; es preciso estilizar, usar un tono, vestir a los héroes como héroes, con terciopelos y entorchados. Juan Godoy no otorga más ropaje que su estilo, ni más acorde que los sonos de su adiestrada flauta. Con ella se maneja y logra un fin o más humildemente busca una verdad, un alto de belleza, algo que como tentativa puede constituir la razón de ser del arte.